

El gentleman del Vips

Jesús Vicente García

I

Le dije que no podía ir en ese momento al Vips de Tlalpan y Cádiz, a dos calles del metro Viaducto. Se andaba peleando con el gerente del restaurante. Yo estaba en mi terapia de piedra de jade, calor terapéutico, rayos infrarrojos, iones negativos y medicina alternativa coreana que, después de mi parálisis facial, me ha ayudado mucho. “Es que un güey hizo enojar a Briseida”. Amenazó con publicar en las redes sociales el mal servicio: se tardaron mucho en asignarle mesa, un ratote más en tomarle la orden y otra media hora en servirle, y cuando lo hicieron, erraron. Vi sus *tuiters* y *feisbucazos* y me contó a medias lo que le sucedió; después resulta que hasta yo tuve la culpa. Le dije: eres el *gentleman* del Vips. Y me cortó. Por eso vine al Sanborns de los Azulejos para escribir lo que no puedo platicar con nadie. Pues mi esposa la otra vez me comentó: “¿Me engañas con Basilio?, con eso de la diversidad...”

II

Briseida y Basilio hicieron las paces después de un mes de enojo: ella quería casarse y él no, por el momento; finalmente, Basilio aceptó que tiene miedo que le roben su libertad, las ganas de seguir estudiando y superarse, porque con un hijo ya no tendría tiempo, así que resolvieron seguir con la relación, y el casamiento hasta que llegara la señal. “¿Cuál señal?” “Una señal. ¿No has leído a Kundera?”. Ahora Basilio cree que todo lo que lee tiene que suceder. El caso es que esto lo tuvieron que platicar haciendo antesala en el Vips de marras.



Ilustraciones: Javier Fuentes Osnalla

Diez minutos después les dieron mesa. Y platicaron de muchas cosas, del amor, de los griegos, de las quesadillas de pancita de Reyna, del matrimonio, de la espera por comer, de las tripas que chillan, de la cruzada contra el hambre, y hambre es lo que tenían cuando por fin llegó la mesera con su jumper café y blusa crema. “Mi nombre es Beatriz y estoy a sus órdenes. Les recomiendo para el desayuno...”

—Sólo déjenos las cartas, por favor —atajó Briseida. Y se quejó con ella de que se había tardado en atenderlos. Acto seguido, quince minutos después, llegó otra mesera, María Elena, para preguntar si ya les habían tomado la orden. Volvieron a ordenar. Briseida estaba más que desesperada y regresó al tema del casamiento. Cosa rara en una maestra en letras clásicas, dijo Basilio. “Las lectoras de Homero y Sófocles también se casan”, agregué cual diálogo de telenovela chafa.

—Pero ya, neta, por qué no te quieres casar; digo, es respetable, sólo tengo la duda —después de un primer enojo hicimos las paces y fuimos al centro a comer. Andábamos sobre Madero. La gente caminaba sin orden a pesar de que comenzaba a llover. Basilio repitió la cantaleta de la libertad, la maestría, la superación, las estadísticas del número de habitantes, las encuestas de la necesidad de controlar la natalidad en México... Le pedí que me contara qué más con lo del Vips, en tanto nos atajábamos de la lluvia en plaza Madero, viendo a las jóvenes ataviadas, ajustadas, escotadas, perfumadas, celuleadas, que entraban a *Shasa*. Seguimos: a Briseida le sirvieron enchiladas de mole poblano, a Basilio una sábana de pollo; ellos habían pedido desayunos bien distintos. La mesera fue a la cocina a cambiar la orden. Briseida hizo rictus de enojo y se puso a resolver el juego del tapetito que ponen en la mesa de “La cafetería de todo el país”, que consiste en encontrar parejas, digamos una jirafa surfista con otra igual, un pingüino violinista, una suricata con pijama, y así hasta completar

diez, en medio de un bonche de animales con hábitats diversos e inconexos. Basilio respetó su silencio leyendo un ensayo de Margit Frenk, en el que afirma que don Quijote no se llama Alonso Quijano, porque no da un nombre específico en toda la obra y sólo lo señala hasta el final, pues nomás lo menciona cuando dice que ya no está loco. Al decir eso, hasta dejé de ver a una joven bien *shaseada*, *fashion* hasta en la sonrisa. “¿Qué? Pero si don Quijote dice que así se llama es porque así es, ¿o no? ¿Por qué lo pone en duda? Entonces no le creas nada desde que dice que ya no está loco”, refuté con cierto enojo, aunque admito que muero de ganas por leer ese ensayo. Basilio llevaba dos hojas leídas cuando Briseida miró su celular, tomó su bolso, vio hacia atrás, luego al frente e imperó: “Vámonos, Basilio, no podemos perder el tiempo aquí”. El susodicho cerró el libro, agarró su portafolio y la siguió. En la salida, un tipo alto, apiñonado, el cabello relamido, “cara de búho”, le pidió que no se fuera y le preguntó la razón.

—Después de veinte minutos de esperar nuestra orden, se equivocan, nos dicen que enseguida traen lo que pedimos y es la hora que no nos han traído nada. ¿Le parecen razones suficientes?

III

Briseida se pone roja, se le dilatan las pupilas, manotea al hablar, casi le saca un ojo al gerente; no habla, grita, los comensales no la pierden de vista, los que esperan mesa se dicen algo entre sí, Basilio la abraza en señal de que se calme; ella sigue con la perorata de que es un pésimo servicio, que no es la primera vez, que en otra ocasión esperó tanto que hasta llegó tarde a su boda; Basilio piensa que es un comentario sarcástico o una indirecta; los anteojos de la novia se caen, el tipo se agacha para dárselos, Briseida le grita que no los toque, que de él no desea nada. Éste le pide de favor que pase a

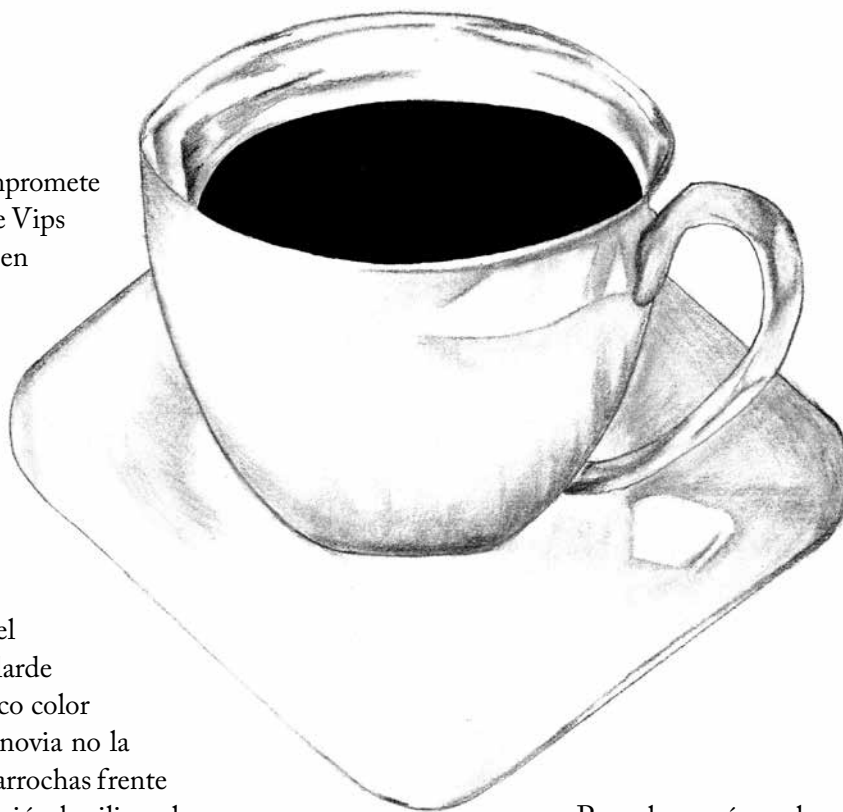
su mesa, que la empresa se compromete a no cobrarle, para que vea que Vips se preocupa por su cliente, quien siempre tiene la razón.

El error radica en que con medio cuerpo de fuera, el respingado relamido la toma del antebrazo casi chillando para que no se vaya, aquella le grita que no la toque; Basilio le avienta un golpe, no le da; el tipo lo esquiva. Basi, en un alarde de acto heroico, se quita el saco color castor, lo tira al suelo. “A mi novia no la tocas”. Me los imagino: dos garrochas frente a frente, pues según información basilisca, los ojos del relamido, cara de búho, le quedaban a la misma altura que los suyos.

—Ya estaba con mi guardia para comenzar a rajarle el hocico cuando sentí que me jalaban hacia afuera, uno del brazo, otro de la cintura y uno más —celular en mano— me amenazaba con que iba a llamar a la patrulla por escandaloso.

A través de los cristales del restaurante, ve ojos desnudándolo todito. Briseida camina sobre Tlalpan decidida a pedir un taxi, y Basilio sólo logra escuchar un “¿te quedas o te vas?”. Él no responde, los tipos apenas lo están soltando porque los amenaza con romperles el hocico nomás lo dejaran libre, aquellos toman las cosas con cautela. “Mira, mejor vete con tu novia”, dice un mesero. “Puede quejarse del servicio, está en su derecho, pero por querer golpear a un trabajador lo podemos demandar”, culmina otro vestido de traje.

Basilio le pide a Briseida que se quede. Me envía mensajes para que lo ayude y me quiere ahí, en caliente, nomás que yo estoy por el metrobús Plaza de la República, con la Familia Jasana, en mis terapias de jade.



Pero el corazón, y algo más, se le hace chiquito cuando ve llegar dos patrullas cuyos policías bajan como si fuesen a atrapar al mismísimo líder de alguna banda de asesinos.

IV

En *féisbuc* y *tuitter* Basilio se descosió contra el Vips. No hubo tanta réplica ante ello. En la noche, al llegar del trabajo, me estaba esperando en las escaleras de los edificios. Me tomó de la solapa del saco y con su aliento a café del oxxo me dijo que yo era un ojete por no haberle ayudado cuando más lo necesitaba. Ya más tarde, me ofreció una disculpa en el mundo *féisbuc*. Decidimos vernos al otro día en la calle de Madero para ir a comer. Me contó lo que ya escribí. Estaba con el corazón aplastado porque Briseida no le ha respondido.

—Pues qué esperabas, te portaste como todo un guarro. Hay mujeres que no les agrada que su hombre quiera resolver todo a fregadazos. No es como tu noviecita anterior.

—Te pedí un consejo, no que me sermonearas.

Dio media vuelta, se fue en medio de la lluvia, y ahora es él quien no me responde por ninguna vía. Yo no hice nada. Eso creo. Lo peor del caso es que lo extraño. Ya van varios días. Lo sentí el domingo en las canchas de básquet. Por eso me vine al Sanborns. Se siente gacha su ausencia. No sé si ya hizo las paces con Briseida, si ya no está enojado porque mencioné a la ex, que parece que aún le duele, si ya entendió que es simbólico eso de que “los amigos tienen que estar en el momento en que tú los necesitas”. Eso es una mentira, un lugar común, no es un parámetro de amistad. Uno no puede estar exactamente ahí cuando el amigo lo requiera. No es un indicador para decir que no soy su amigo.

Mensaje de cel. “Ya pinche flaco Sorry”. Siento que la vida vuelve a mi cuerpo. Pido un agua. Le digo dónde estoy, que en dos horas entro a trabajar. No puede venir. No importa. Nos mensajamos en la tarde. Va. De acuerdo. Entro a mi *féis* y veo su *estado*: “La amistad no es una puta a tu servicio”. Sonríe. Me saluda en el chat. Dice que esa pelea le cambió la vida. Briseida ya respondió. No se va a casar con un peleonero. “Ni yo con una voluble”. No lo noto enojado, sino objetivo. “Fue la mejor pelea con una novia. Aprendí a no confundir el amor con las pendejadas”. Me quedo pensando: ¿qué no es lo mismo? Las peleas sirven de mucho, y por azares del *féis* nos enfrascamos en eso de que don Quijote no se llama Alonso Quijano, ¿por qué no? Él dijo que sí. ¿Por qué dudar?

—No has leído el ensayo, así que no puedes hablar.

—Me estás diciendo imbécil. Te recuerdo que por mí aprobaste El Quijote y Siglos de Oro cuando ni idea tenías de cómo analizar al Caballero del Verde Gabán.

—Espérate, fue un decir...

No sé qué más me escribe. Me salgo del *féis*. “Me dijo idiota”. Entro al Fondo de Cultura Económica, veo el libro de Margit Frenk. Me llama al cel, me mensajea. No lo pelo. Con todo y mi coraje decido que ésta será mi próxima lectura, a mí nadie me va a decir idiota, ni el chamuco ni Basilio, ni mucho menos un vulgar *gentleman* del Vips. ¿Qué le pasa a este imbécil? 